

LA NOVELA
PARAMOUNT



Reclutas
Detectives

Mary Brián



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III
N.º 74

PARAMOUNT 25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

PARTNERS IN CRIME 1928

Reclutas Detectives

Comedia de gran comicidad, interpretada
por WALLACE BEERY, RAYMOND HATTON

MARY BRIAN, etc.



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

RECLUTAS DETECTIVES

Argumento de la Película

Hacía bastantes meses que la ciudad se veía azotada por la demoledora ola del crimen.

El juez del distrito de esa ciudad, luchaba a brazo partido para contener la ola.

Continuamente recibía escritos concebidos en estos términos:

“Nos hemos enterado de sus planes. Sabemos que se quiere hacer desaparecer todos los granujas de la ciudad; vaya, pues, con cuidado”.

Y ésto se repetía un día y otro día, sin poder descubrir a los ladrones.

En la estancia contigua al despacho del juez Deming, Ricardo, el secretario, hablaba por teléfono con su novia.

Esta era empleada del café Kanelli, donde Deming iba a comer todos los días.

—¡Quiero que nos casemos en seguida, mi vida! —le dijo—. ¡Yo no puedo vivir sin ti!

—Con el sueldo que te dan, es un disparate pensar en casarte —le respondió ella.

—No te apures, María... Pediré aumento de sueldo y si no me lo dan, dejaré el empleo, y ¿cómo se las arreglará el juez sin mí?

El señor juez había entrado en la habitación y oído aquellas últimas palabras.

Al verle, el joven dejó el aparato y se excusó.

—De modo que, cómo me las arreglaré ¿no? ¡Márchese si quiere y verá cómo me las arreglo!

—¡Usted perdone, señor! ¡Yo no quería!

—¡Calle... calle!.. Y mientras usted pierde el tiempo, cada día estoy recibiendo anónimos de esos malditos ladrones.

—¿Y qué vamos a hacerle?

—Quiero que me descubra a los ladrones esta misma noche... Y si lo consigue, entonces hablaremos del aumento de salario.

—¡Haré todo lo posible!...

Y aquella noche...

Por acuerdo tácito entre la gente del ham-pa, el almacén de artículos para deportes de Mortimer Merton (un granuja reformado), gozaba de ciertos privilegios, pero la pandilla de Smith hizo caso omiso de ello y entró en la tienda a desvalijar cuanto allí había.

Barton, el secretario de Smith, un bandido de la peor especie, vigilaba en la acera.

Pasó Ricardo Deming y viendo luz a aquella hora en el interior de la tienda, se asomó, que-

dando asombrado al contemplar a varios hombres que amordazaban a un viejo que era el guardián nocturno del almacén.

Hubiera acudido para impedir aquello de no haber sido detenido por Barton, quien le amenazó revólver en mano, obligándole a entrar en el almacén.

—¡Miren quién estaba ahí! ¡Un espía! — dijo Barton a sus compañeros.

Smith, sonriente, le registró, encontrándole una tarjeta que decía:

Ricardo Deming
Oficina del Juez del Distrito

—¡Ah! ¿Conque es usted el pollo que ayuda al juez del distrito a acabar con los granujas de la ciudad?

—Sí, señor!...

—¿Qué quiere que hagamos con ese buen mozo, jefe? — dijo Barton.

—Lo hospedaremos un mes con nosotros y cuando lo soltemos, sabrá más que Merlin y Alfonso el Sabio... ¡Conque, andando!

Salieron sigilosamente de la tienda, después de haber dejado la caja limpia como una patena. ¡Buen paquete!

Apenas hubieron salido todos, Ricardo Deming, preso en medio de ellos, pasó por allí Miguelín, un agente de policía, hombre que le tenía miedo hasta a su propia sombra.

Como viera el almacén abierto, aventuróse

a entrar en él y fué avanzando por sus salas, tranquilas y semioscuras. De repente escuchó un grito:

—¡Agáchate, so gallina!

Echóse al suelo inmediatamente, temblando como un azogado,



...donde Deming iba a comer todos los días.

Sin embargo, aquella voz no era más que la de un aparato de radio que estaba transmitiendo en aquel momento un drama.

Pero Miguelín, asustado, cogió su revólver y tropezando con varias figuras de cera que en el salón había, comenzó a disparar, tomándolas por reales seres humanos,

Vió caer una de las figuras y oyó un grito, el de la radio, que decía:

—¡Asesino, me has matado!

—¿Asesino yo? —dijo Miguelín, temblando.

—Habrás comido algo que te ha hecho daño...

Pero, envuelto por el terror, llamó por teléfono al cuartel de policía, dando grandes gritos:

—¡Socorro, guardias!

Y durante largo rato siguió en la oscuridad su lucha con las figuras de cera a las que, en su atolondrada imaginación, tomaba por auténticos ladrones.

Aparecieron finalmente varios policías al mando de un jefe y acompañados de un periodista llamado Marciano MacGee.

Miguelín recobró la tranquilidad al verles y se avergonzó de su cobardía ante tantos imaginarios peligros.

—¿Y para eso nos ha hecho usted venir?
¡Eso ya pasa de la medida! —rugió el jefe.

—El jefe de redacción no cabrá en sí de gozo, cuando vea mi artículo —dijo el reportero, que era antiguo conocido de Miguelín—. Lo titularé: "Un detective diabólico dialoga a golpes con los maniquíes".

Miguel pretendía excusarse, pero el jefe le dijo:

—¡Quítese usted de delante! ¡No sirve para nada! ¡Será expulsado del cuerpo!

Tristemente el policía se alejó.

—No te apures, Miguelín—le dijo Marciano.

—Consigue empleo en el Café Kanelli y no

tendrás necesidad de recibir órdenes de nadie...

—Eso pienso hacer...

Y abandonó aquella casa con el propósito firmísimo de dejar una profesión para la que era incapaz.

* * *

La pandilla de ladrones que robó el almacén de Merton tenía su guarida en un soberbio edificio en la parte aristocrática de la ciudad.

A la noche siguiente, Smith, después de guardarse en secreto una gran parte del dinero robado en el almacén, llamó a su segundo Barton, y le dijo:

—Mira, mil dólares... Nos los vamos a partir. Es todo nuestro botín...

—Mil dólares? —dijo Barton, escamado.

—Es eso todo lo que sacaste del almacén de Merton?

—Claro! —Y quéquieres decir con ésto?
—Serías capaz de afirmar que te he estafado?

—Quién sabe!

—Cuidado, Barton, porque...

Se interrumpió al ver llegar a un hombre que tenía todo el necho ensangrentado.

Era Bots, uno de sus cómplices. Corrieron a sostenerle y el herido habló así:

—Regan, "El Puñales", está de vuelta en la ciudad...

—¡Demonio! ¡Nuestro rival!

Era "Puñales" otro bandido, y enemigo irreconciliable de la banda de Smith.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Estaba espiando los movimientos de la banda de ese miserable cuando de una manera inesperada "El Puñales" me hirió. Y me dijo: "Si es verdad que ese canalla de Smith ha robado el almacén de mi amigo Merton, cuando lo encuentre lo mato."

—¡Vámonos! — dijo Smith, temblando—. No vaya a ser que "El Puñales" se dedique a hacernos una visita y nos encuentre aquí...

Y marchó acompañado de Barton, mientras el otro cómplice se quedaba a curar su herida.

* * *

El café Kanelli era un sitio frecuentado por lo mejorcito de cada casa y lo peorcito de cada cárcel.

Smith, Barton y otros cómplices, tomaron asiento en una de las mesas.

Un sujeto de la pandilla de "El Puñales", al verles, telefoneó a su jefe y le dijo:

—Oye, "Puñales"... ¡Smith y sus hombres están en este momento en el café Kanelli!

—Ya vamos allá... — dijo otra voz.

Miguelín, desde aquella mañana, trabajaba y comía (comía más que trabajaba) en el café Kanelli, fingiendo que estaba en el ejercicio de una importante misión policiaca. De esta manera el dueño le toleraba en su empleo.

—Si viene usted de parte de la policía, no tendré más remedio que tolerar sus impertinencias — le había dicho el dueño.

Y Miguelín pensaba que en su nueva profesión encontraría la tranquilidad necesaria para vivir.

Llegó al café, Marciano MacGee, el periodista, y corrió a saludar a María, la camarera, de la que estaba enamorado, sin saber que María tenía por novio a Ricardo Deming.

—Mira lo que dice aquí Marciano MacGee, tu repórter favorito, sobre el encuentro de un detective con un maniquí — le dijo.

Le dió un periódico y ella leyó:

"El jefe de policía despidió sumariamente al detective Miguelín Doolan, por inepto".

—¡Pobre Miguelín! — exclamó la muchacha
—¡Cuánto siento lo que le ha sucedido!

—¿Te gusta ese pelele? Es más tonto que un besugo... El otro día le pregunté si sabía lo que era un avión y me contestó que era un pez.

—Me parece que tú le tienes celos a Miguelín...

Pero el ex policía avanzó hacia ellos, acome-

tido por feroces celos al ver a Marciano hablando con la muchacha.

También Miguelito estaba enamorado de ella, sin saber tampoco, que el corazón de María, latía por otro corazón.

Al verle, Marciano se sorprendió, y le dijo:

—Me alegro que hayas seguido mi consejo, Miguelín... Le hablaré a Kellini para que te dé el empleo de florista.

Pero Miguelín mirándole severamente le respondió:

—Si te atreves a acercarte a María en mi ausencia, te echaré de aquí con un guantazo en la nariz.

—Tú no has probado la fuerza de mis puños — gritó Marciano—. De una guantada en la quijada el otro día le disloqué el tobillo a un sujeto más grande que tú.

—Me parece que los dos andan muy equivocados conmigo... — dijo María.

Llamaron al teléfono. Era el director del periódico que ordenaba a Marciano, marchara a la redacción para varios trabajos urgentes.

Y el periodista después de lanzar nuevas amenazas contra su rival, abandonó rápidamente el café.

Momentos después llegaba al café el ladron conocido por "El Puñales", hombre que, por rara casualidad de la Naturaleza, era absolutamente idéntico, hasta el extremo de confundirse al periodista Marciano... Ni que fueran hermanos gemelos, sus rostros serían

más iguales. "El Puñales" tenía tatuado en la mano derecha un puñal.

—¡"El Puñales"! — gritó Smith a sus cómplices.

El aludido, que llegó acompañado de su pandilla, avanzó hacia Smith y le dijo:

—¿Conque esas tenemos, Smith?... Merton



—Si te atreves a acercarte a María en mi ausencia...

es mi amigo y el que le robó a Merton tiene que darme la mitad de lo robado... Ya te lo advertí antes...

—¡No entiendo, mister Regan!... Yo no sabía que...

—Ya lo sabes... Si no sueltas el dinero antes de cinco minutos, aquí no quedará titere con cabeza.

“Puñales” con sus hombres fué a sentarse a otra mesa.

Miguelín comenzó a servir a Smith y a su pandilla, varias botellas de licor.

Vió de pronto Smith que había perdido uno de los gemelos de sus puños y rogó al camarero lo buscáse en el suelo.

Así lo hizo Miguelín y tembló al ver que bajo una mesa cercana, sus ocupantes, “Puñales” y los suyos, empuñaban pistolas...

Levantóse temblando...

Smith y Barton se miraban preguntándose qué actitud iban a tomar ante la provocación de “Puñales”.

María se había acercado a “Puñales” creyendo que éste era el periodista Marciano, y le decía:

—No me gusta que andes con esa gente... Tienen cara de pillos.

—¿Quién te autoriza a meterte en mis cosas? —gritó “Puñales” extrañado del atrevimiento.

Miguelín se dió cuenta de que María hablaba con el rival. También él creyó que “Puñales”, era Marciano.

Y acallando el miedo que antes le había sobrecogido, avanzó hacia “Puñales” y le gritó:

—Ya te dije antes, microbio, que dejases sola a la chica.

Y ante el asombro y estupefacción generales le arreó tal puñetazo que “Puñales” cayó al suelo, desvanecido.

Luego, tranquilamente, Miguelín lo cogió y lo puso de patitas en la calle. No menos asom-



No me gusta que andes con esa gente...

brados los de la pandilla de Puñales, siguieron a su jefe, admirados de la valentía del gigante. Cuando Smith vió aquello, no pudo reprimir su admiración, y dijo a Barton:

—¿Es verdad lo que he visto, o mis ojos ven visiones?

—La pura verdad...

—Pues se acabaron mis tribulaciones... Nada tengo ya que temer... Desde este momento ese ganapán me guardará el cuerpo.

Entretanto, Marfa reprimaba a Miguelín su proceder. Acudió el dueño del café y dijo a éste:

—No me importa quien lo recomendó... ¡Márchese de aquí en seguida!

—¡No se marche! —gritó Smith yendo hacia él.

Y llevándole aparte le dijo en voz baja:

—Tengo un empleo para usted con un sueldo de cien dólares a la semana.

—Cien dólares? ¿Es que hay en el mundo quién tenga cien dólares?

—Vaya a esa dirección y le diré lo que tiene que hacer para ganar esos cien dólares.

Le dió una tarjeta y luego abandonó el café con sus amigos.

Momentos después, el verdadero periodista Marciano llegaba al café y se dirigía a saludar a María, pero ésta furiosa por todo lo que había ocurrido, le rechazó.

—¡No vuelvas más aquí... después de lo sucedido!

Miguelín, que había cambiado su traje de camarero por uno de calle y puesto un sombrero, vió al periodista y se maravilló de su vuelta.

¡Aquel hombre no escarmentaba! ¿Sería menester darle otra paliza?

Avanzó hacia él y le dijo, furioso:

—¿Qué prefieres, un consejo o una paliza?

—Darme tú una paliza? — respondió el periodista, riendo—. ¡Hazlo, si te atreves!



—¿Es verdad lo que he visto o mis ojos ven visiones?

—No quiero exaltarme ahora, pero...

—Hablemos de otra cosa — dijo Marciano.

—¿Viste a Ricardo Deming en el almacén de Merton cuando lo robaron?

María se estremeció.

—¿Te refieres a Deming, mi antiguo compañero? — dijo Miguelín.

—El mismo... La policía encontró en el almacén su cartera... Y para complicar su situación, él desapareció sin que nadie sepa dónde se encuentra...

—¿Desapareció Ricardo Deming? — dijo María, llorando ante la idea de que su novio estuviera muerto.

—¿Por qué te aflijes por él? — dijo Marciano—. No faltaba más que ahora me resultases amiga suya.

—Ricardo no es mi amigo... es más que mi amigo.

—Será posible que seas tan cabezón que no eches de ver que Ricardo Deming, es un pariente más o menos cercano de esa señorita? — dijo Miguelín.

Marciano suspiró y luego mostrando un gemelo, dijo:

—Aquí tengo esta pista que encontré en el almacén de Merton... ¿Sabes si pertenece a Ricardo Deming?

Miguelín al verlo recordó que a Smith le faltaba otro gemelo igual que aquél.

—¡Este gemelo es del señor Smith! — dijo. El caballero que reparte salarios a cien dólares a la gente...

María viendo la posibilidad de una pista, exclamó:

—Tenemos que encontrar a ese señor Smith esta misma noche.... Si le sucediera algo malo

a mí... pariente me moriría del disgusto.

—Y si lo encontramos, ¿qué pasaría? — dijo el periodista.

—Al hombre que tuviese la suerte de encontrar a Ricardo Deming no le negaría nada.

—¿Se casaría usted con él? — dijo Miguelín.

—Me casaría en el acto.

—Yo lo encontraré aunque tenga que pasarle la juventud leyendo la guía de teléfonos — dijo Marciano.

—Yo también.... — exclamó Miguelín acariciando la tarjeta de Smith.

—Veremos quién vence — rugió el periodista—. La cosecha de Smith es abundantísima... Hay un millón en la guía y cada minuto nace otro.

Buscó en la guía de direcciones mientras Miguelín, después de despedirse de María, partía hacia una pista segura.

El repórter pasó las horas recorriendo domicilios de Smith... Y ninguno era el propietario del famoso gemelo perdido.

Mientras tanto, en su guarida donde estaba preso, Ricardo Deming había intentado huir, por lo que fué trasladado al desván y atado fuertemente.

—Si vuelve usted a tratar de fugarse — le dijo Smith—, quizás me veré obligado a despedirle para el otro barrio sin pedirle permiso.

Smith con Barton y otros cómplices marchó a su salón.

Llamaron al teléfono. Era "Puñales", quien decía:

—Voy en seguida por el dinero... Comience usted a sacarse la cartera del bolsillo.

—¡Maldito! — rugió Smith.

Pero Miguelín apareció en aquel momento. La atracción de los cien dólares era muy inte-



—Ricardo no es mi amigo...

resante, y además la pista del gemelo... ¿Es qué acaso aquellas gentes eran de cuidado? ¿Tenían algo que ver con la desaparición de Deming?

Le recibieron cordialmente, mostrándose muy deferentes con él.

Smith, sin dejar el teléfono, dijo a Miguelín:

—Ahí viene "El Puñales" decidido a matarme. ¿Qué le diré?

Pero Miguelín, que sólo era valiente ante el periodista, se estremeció.

—Dígale lo que quiera... Yo me marchó ahora mismo—contestó, atemorizado.

—¿Por qué? Es el microbio que dejó usted tendido de un puñetazo en el café Kanelli.

—¿Y ese mequetrefe se hace llamar "Puñales"? — preguntó, sorprendido.

—Por tal nombre se le conoce.

—Pues a ese "Puñales" me lo meriendo yo en cuanto llegue...

Y corrió hacia el teléfono, y Miguelín, creyendo que se las había con el periodista, gritó:

“Puñales”, estás hablando con “El Navajas”... Ven acá cuando gustes, que aquí hay un “Navajas” para un “Puñales”.

La voz airada de “Puñales” respondió:

—Conque es usted el guapo que me insultó de obra en el café de Kanelli? Allá voy en taxi para llegar más pronto.

—Será mejor que tome una ambulancia de la Cruz Roja porque aquí habrá contusiones de pronóstico reservado.

Dejó el teléfono y se echó a reír con la alegría de la próxima derrota del periodista...

Luego dijo a Smith y a sus hombres que le contemplaban admirados de su tranquilidad:

—Daré una vuelta por la finca... Soy hombre precavido y me gusta saber dónde están las puertas de salida, por si acaso...

Smith fué con él, dispuesto a impedir que viera a Ricardo Deming, que estaba encerrado en el desván.

Al recorrer las estancias, encontraron un gato negro en una de ellas.

—¡Un gato negro! — dijo Miguelín —. Cada vez que he visto un gato negro me han roto algo.

Mientras tanto, Marciano MacGee, acompañado de María, después de haber recorrido inútilmente muchas casas cuyos moradores se llamaban Smith, llegaba a la casa del Smith verdadero.

Ella aguardó en el automóvil y el periodista llamó a la casa.

Miraron por la rendija, y un bandido, confundiendo a Marciano con el "Puñales", comunicó a Smith y a Miguelín la nueva visita.

Miguelín se echó a reír.

—Dígale que entre y yo le diré que salga...

Y se dispuso a recibir del mejor modo a su antipático rival.

Marciano se sorprendió al ver entre los varios hombres que estaban en aquella casa al propio Miguelín.

—¡Hola, sinvergüenza! — le gritó Miguelín. Ahora y aquí mismo es cuando y donde nos aplastaremos las narices, bailarín de ballet ruso.

—Conque ruso ¿eh? Ya le daré yo a usted... Adelantándose a la caza de noticias, ¿verdad?

—Se hace lo que se puede...

—¡Miserable!

Los dos hombres parecían prontos a pegarse, y Smith y los suyos contemplaban a Miguelín, que no se amilanaba ante un sujeto de cuidado como "El Puñales".

—Pasan a la biblioteca y allí podremos hablar con toda calma—les dijo.

Y los dos rivales acompañados de Smith se dirigieron a una vecina estancia. Pero Smith a pesar de todo temía a "El Puñales". Pensaba que era cien veces preferible tener a este hombre como amigo que como adversario, y así, llamándole aparte, le dijo:

—Oiga, amigo... Eso de pedirme la mitad de lo que sacamos del almacén de Merton es un abuso de confianza... Le daré la tercera parte... Cinco mil dólares.

Y puso en sus manos un fajo de billetes que Marciano tomó espantado, sin saber lo que significaba el donativo, ni entender palabra de lo que ocurría allí.

Junto a él, Miguelín le miraba rabioso... ¡Vaya suerte la del rival!

Barton en la otra habitación había estado escuchando detrás de la puerta y le decía a uno de sus cómplices:

—Smith es un canalla. Nos dijo que había sacado solamente mil dólares del almacén de Merton y acaba de darle cinco mil al "Puñales". Vamos a fastidiar a ese granuja... He leído en la prensa que la policía dará una gratificación de cinco mil dólares a la persona que

logre descubrir el paradero de Ricardo Deming... Le libertaremos.

El otro aceptó, y Barton se dirigió de puntillas a la habitación del prisionero.

Mientras tanto, Smith tenía la mano al periodista, que no salía de su asombro.

Llamó a los demás sujetos de la cuadrilla y les dijo:

—¡Lo pasado, pasado, muchachos!... Conviene que seamos amigos para bien del negocio... "Puñales" es de los nuestros.

Pero Marciano no acertaba a pronunciar palabra, tan emocionado estaba por la impresión. Tampoco Miguelín entendía lo sucedido...

Entró John, otro de los cómplices y dijo:

—Barton está arriba tratando de soltar a Deming para embolsarse los diez mil dólares que ofrecen de gratificación.

Marciano y Miguelín se contemplaron con signo de inteligencia. ¡Cuidado! ¡La cosa se presentaba bien! Y Miguelín murmuró al oído del periodista:

—Si Deming está arriba, nosotros debemos estar abajo... ¿No te parece?

Smith cogiendo una pistola, gritó:

—¿Conque Barton quiere traicionarme para embolsarse los diez mil dólares que ofrece el juez del distrito?

Seguido de sus hombres subió al desván, donde Barton acababa de desatar al policía con la promesa por parte de éste de que nada le ocurriría a él.

—¡Té has vendido, miserable! — le gritó Smith. — Contabas con que todos eran tan traidores como tú, ¿verdad?

Ordenó que Deming fuera de nuevo amordazado y salió con Barton de la habitación.

Ya en la escalera, descerrajó un tiro a la cabeza de su cómplice, dejándole muerto. ¡mariq! — rugió.

—¡Subid el cadáver y escondedlo en el ar-

Unos hombres realizaron aquella operación, que fué presenciada por Marciano y Miguelín con el consiguiente espanto... El miedo les había hecho olvidar su anterior odio y ahora sólo pensaban en libertar al secretario del juez.

Smith se excusó ante "Puñales" por haber tenido que matar a Barton.

—Lo siento... pero usted sabe como son esas cosas...

El periodista, que había comprendido al fin que le confundían con algún temible bandido, siguió la farsa como único medio de salvación.

—Ni una frase más — dijo — Así es también como yo despacho a los traidores.

—Bueno... y vamos al grano... ¿Qué es lo que usted quería de mí? — le preguntó Smith.

¡Como justificar ante aquellos hombres su presencia, si había venido precisamente para alcanzar la libertad de Ricardo Deming, para mostrar aquel gemelo acusador encontrado en el almacén de Merton!

Disimulando, contestó:

—¡Nada!... Honrarme con su amistad...

—Así me gustan los hombres... Y no hay duda que todos los muchachos están locos de contento por esta paz.

Miguelín no las tenía todas consigo... En buena casa se había metido, él, un antiguo polizonte... Nada menos que en la boca del lobo... Era preciso salir cuanto antes y buscar auxilio del exterior.

—Ahora que han hecho las paces — dijo, sonriente —, aquí yo estoy sobrando.

—Nada de eso... Quiero que entierre usted al muerto — le dijo Smith.

Miguelín tuvo que apoyarse para no caer.

—Voy a servir unas copas para celebrar la alianza de nuestras respectivas sociedades — dijo Smith.

Fueron los tres a un despachito cercano. Bebieron.

María, impaciente, había entrado en la casa, llegando sin ser vista a la habitación donde estaban los tres hombres.

Smith estaba sentado de espaldas a ella, pero Marciano, que se hallaba enfrente y de pie, vió llegar a la muchacha.

Por señas le indicó que Deming estaba prisionero arriba, pero ella no le entendía.

Entonces, Marciano cogió un pedazo de tiza y trazó estas palabras sobre la espalda de la americana negra de Miguelín:

Deming está aquí.

No necesitó saber más la mocita y salió veloz para advertir a la policía.

Miguelín, ajeno a que había servido de encerrado, se colocó de espalda ante Smith, a pesar de los esfuerzos que hizo Marciano para evitarlo, y el jefe de los bandidos leyó asombrado el letrerito.

—¡Eh! — rugió —. ¿Qué significa lo que lleva escrito en la espalda?

—¿Qué?

—¡No se haga el tonto!... ¡Quítese la chaqueta!

El pobre hombre hizo lo que le ordenaban y se estremeció al leer el comprometedor escrito.

—¿Qué acostumbra usted hacer con los traidores, "Puñales"? — preguntó Smith.

—A veces los mato... otras veces los asesino — contestó con toda frescura el periodista.

Miguelín intentó defenderse, pero Smith le atajó:

—¿De modo que es usted amigo de Deming y vino aquí para soltarlo?

—¿Amigo de Deming?... Ni tan siquiera le conozco... Si usted le odia, yo le secundo.

—Miguelín, en cierta ocasión casi me salvó usted la vida. Si me prueba ahora que no minte, yo le salvaré la suya — dijo Smith.

—¡Sí... sí!...

—Pero si él le conoce, puede usted darse por difunto... ¡Andando, arriba!...

Y se encaminaron hacia el desván que hacia las veces de prisión.

Entraron en el cuarto. Deming reconoció al ex policía, pero éste le hizo una angustiosa seña. ¡Discreción, por Dios!

Smith le quitó la mordaza y le dijo:

—¿Conoce usted a ése hombre?

—¡No! ¡En mi vida lo he visto!

Sonrió el bandido.

—Miguelín, su vida está en salvo — dijo —. Usted es un talento o un imbécil. Si es un talento, guárdese; si es un imbécil, cuídese...

Entretanto, Marciano salía del despacho de Smith y al cruzar un corredor para ir a reunirse con la pandilla que estaba en otra habitación, vió a un hombre que puñal en mano corría hacia él.

Era Botz, el bandido a quien "El Puñales" apuñaló un día...

—Ahora me las pagarás, "Puñales" — rugió, confundiéndole con el bandido.

—Se equivoca usted amigo — le dijo Marciano temblando como la hoja del árbol —. Si me mata, usted saldrá perdiendo.

Pero Botz no estaba para bromas y con el afilado puñal le cortó la corbata, la americana, la camisa, ¡sólo faltaba ya cortar la carne viva!...

—¿Recuerdas lo que me hiciste aquella vez que me tuviste acorralado? Pues ahora yo haré lo mismo contigo — le dijo.

Pero Marciano de un prodigioso salto, con-

siguió escapar y comenzó a correr perseguido siempre puñal en mano por el rencoroso Botz.

En su huída, Marciano llegó al lugar donde estaban Smith, Miguelín y Deming, y buscó a su lado protección.

Smith detuvo la mano homicida de Botz.

—¡Basta ya! — le gritó — "Puñales" es nuestro mejor amigo, para que te enteres... Y entre nosotros no debe haber peleas. Hay que reservar las fuerzas contra la policía. ¡Ea, dale la mano en señal de amistad!

Botz dejó el puñal y brindó su mano a la del supuesto bandido. Este respirando fuertemente, se la estrechó.

Pero entonces, Botz observó que faltaba en esta mano el tatuado puñal que era el mejor medio de identificación de "Puñales".

—¡Diablo! — gritó —. Si ese hombre fuera "El Puñales", tendría un cuchillo tatuado en la mano...

Marciano se vió perdido... También Miguelín comprendió entonces la confusión.

—¿Quién eres? — gritó Smith creyéndose traicionado.

—Hace una hora que yo no soy yo... He perdido la memoria — dijo Marciano con voz despectiva.

—¡Ah, miserables! ¿Conque los dos han venido aquí para salvar a Deming? Despidanse de este mundo si no quieren marcharse de él a la francesa.

Entraron varios sujetos de la pandilla y uno de ellos señalando a Marciano, dijo:

—Ese pelele no es "Puñales"... El verdadero "Puñales" está subiendo la escalera con toda su pandilla.

Los dos amigos de María viéndose perdidos, se miraron y un ansia de defensa propia hizo apartar a un lado todos los rencores y odios. El peligro les unía...

Unos bandidos se echaron contra ellos a una orden de Smith para recuperar los cinco mil dólares que les habían dado antes, pero nuestros dos héroes lograron salir de la habitación y huir por la casa...

Smith corrió al encuentro del verdadero "Puñales".

Lo halló en la escalera y disparó contra él matándole.

Horrorizados, Miguelín y Marciano se ocularon bajo unos divanes y vieron tendido en tierra el cadáver de "Puñales", hombre idéntico al periodista.

—¡Dios mío! —dijo Miguelín—. Pero, ¿quién es aquel hombre? ¿Quién eres tú?

—¡El no es yo! ¡Yo no soy él!

—¿Querrás decirme ahora que la Naturaleza se equivocó dos veces consecutivas cuando tú viniste al mundo?

Smith, revólver en mano, descubrió a los dos hombres y les obligó a salir de su escondite...

Pero en aquel momento apareció la policía

y entablóse allí una verdadera batalla. Con los guardias iban el juez y María, la muchacha que había avisado a la policía para acudir a aquella casa.

Entablóse un terrible combate y los bandidos viéndose perdidos comenzaron a lanzar unas bombas lacrimales que provocaban continuas lágrimas.

Y momentos después todo el mundo lloraba.

Deming había podido salir de su escondite y se unió a nuestros amigos para vencer a la pandilla.

Y al cabo de largo tiempo de lucha, todas las gentes de Smith, con su jefe a la cabeza, eran apresadas y maniatadas.

La banda quedaba deshecha. La policía había prestado un espléndido servicio a la ciudad.

El juez dijo a Deming, señalando a Smith:

—¿Quién es ese hombre?

—Es Smith, el que robó el almacén de Merton... Pero los que le echaron el guante fueron realmente Miguelín y Marciano.

—Para todos habrá su recompensa — dijo el juez —. Y usted, Deming, se ha ganado el aumento de salario que deseaba.

Ricardo Deming, loco de alegría, acercóse a María, que era el mejor premio soñado.

Los dos jóvenes salieron de la habitación.

El periodista devolvió al juez, los cinco mil dólares que le había entregado Smith, pero

el juez ordenó que se los quedase y dió otros cinco mil a Miguelín, como gratificación prometida por la liberación de Deming.

Miguelín, contentísimo, exclamó, mirando al periodista con cierta burla:

—Los cinco mil dólares que me he ganado me vendrán de primera para casarme con María.

—¡Que te crees tú eso! Quien se llevará a María será yo...

—Dejaremos que lo decida ella misma.

Corrieron hacia donde estaba la bien amada, y su estupor y su desencanto fueron extraordinarios al ver a María en brazos de Ricardo Deming.

¡Oh, mala suerte! ¿Y para eso se habían expuesto a tantos peligros? ¿Y para eso habían hecho locuras por rescatar a Ricardo Deming?

Suerte de los cinco mil dólares, que era un bonito consuelo para el perdido amor sin esperanza.

El periodista, no queriendo darse por aludido, exclamó:

—¡Vaya chasco que has recibido! Al fin y al cabo, yo no entraba tanto como tú en ese amor... Si quieras que te diga la verdad, me has engañado, Miguelín... Yo creía que eras menos tonto de lo que eres...

—¡Por allá nos vamos, Marciano, por allá nos vamos!...

Y se alejaron insultándose lindamente... La policía, entretanto, procedía a llevarse presos a todos los de la pandilla y a recoger a los muertos.

La atmósfera estaba impregnada de lacrimosos gases, que hacían llorar a policías y ladrones.

Y, llorando también exteriormente, pero con luz de sol y de alegría en el corazón, María y Ricardo Deming se dieron un triunfal beso de amor.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General spañola de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

GRAN ÉXITO
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

la formidable novela:

La Bailarina de la Ópera

por

Dolores Del Río y Charles Farrell

EMOCIONANTE ASUNTO



16 fotografías de página entera

Artística portada

[B.]

